Fábulas de Samaniego

Ilustradas por
Olga Cuéllar





Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes



Fábulas de Samaniego

Ilustradas por
Olga Cuéllar



Alcaldía Mayor de Bogotá
Gustavo Petro Urrego, Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Clarisa Ruiz Correal, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Santiago Trujillo Escobar, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de Artes
Valentín Ortiz Díaz, Gerente del Área de Literatura
Paola Cárdenas Jaramillo, Asesora
Javier Rojas Forero, Asesor administrativo
Mariana Jaramillo Fonseca, Asesora de Dimensiones
Daniel Chaparro Díaz, Coordinador de Dimensiones
Carlos Ramírez Pérez, Profesional universitario

Secretaría de Educación del Distrito
Óscar Sánchez Jaramillo, Secretario de Educación
Nohora Patricia Buriticá Céspedes, Subsecretaria de Calidad y Pertinencia
José Miguel Villarreal Barón, Director de Educación Preescolar y Básica
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Luz Ángela Campos Vargas,
Carmen Cecilia González Cristancho, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Primera edición: Bogotá, noviembre de 2013

www.institutodelasartes.gov.co

ISBN 978-958-58175-0-0 (impreso)
ISBN 978-958-58486-5-8 (epub)

Edición: Antonio García Ángel
Diseño gráfico: Óscar Pinto Siabatto
Producción ebook: eLibros Editorial

CONTENIDO

SAMANIEGO

DON FÉLIX MARÍA SERAFÍN Sánchez Samaniego y Zabala nació en La Guardia, provincia de La Rioja, el 12 de octubre de 1745. Era el quinto hijo de los nueve que tuvieron don Félix Sánchez Samaniego y doña Juana María Zabala, ambos de rancio abolengo guipuzcoano.

Gracias a los medios económicos y al celo educativo de su padre pudo cultivar su intelecto y conocimientos. Primero estudió con Gaspar Calvo, licenciado en Artes por Valladolid, paje y maestro oficial de la casa; luego cursó durante tres años lengua y humanidades en la escuela de Gramática de su pueblo natal. En 1758 viajó a Francia, continuó su formación en Bayona y luego en Burdeos.

Regresó a España cinco años después y empezó a frecuentar las tierras de Azcoitia, Azpeitia y Vergara, donde vivía su tío abuelo, el conde de Peñaflorida. En Azcoitia el conde solía reunirse con un grupo de amigos amantes de la cultura y con inquietudes intelectuales. Ese grupo impulsó la creación de una sociedad, similar a otras que había en Europa, hijas de la Ilustración y el deseo de progreso. Fue así como surgió la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, cuyo propósito, según el primero de sus estatutos, era «cultivar la inclinación y el gusto de la Nación Bascongada hacia las Ciencias, Bellas Letras y Artes; corregir y pulir sus costumbres; desterrar el ocio, la ignorancia y sus funestas consecuencias». En las tertulias de la sociedad Bascongada, el joven Samaniego, a instancias de su tío, leía algunas de sus fábulas. El particular éxito que tuvo *La mona corrida* lo impulsó a escribir con mayor dedicación el género que más tarde lo haría célebre.

En 1767 se casa con doña Manuela Salcedo, que procedía de una familia bilbaína de clérigos y militares. Los biógrafos antiguos la presentaban como persona agraciada, grave, decorosa y ordenada. Con el tiempo descubrieron

que ella era estéril y por ello no pudieron tener descendencia, aunque el fabulista lo llevó con buen humor. Se fueron a vivir al palacio de Laguardia, aunque pasaban largas temporadas en la finca de La Escobosa, lugares donde Samaniego llevaba una holgada vida de hidalgo campestre, alternando entre las tertulias, la buena mesa y la escritura.

En 1776, tras intensas gestiones en las que participó Samaniego, la Sociedad Bascongada consiguió la aprobación real para la fundación del Real Seminario Patriótico Bascongado, colegio en el que Samaniego trabajará activamente en tareas pedagógicas y selección de profesores. Empieza a componer fábulas, primero casi sólo traducciones de La Fontaine, y se las lee a sus alumnos. En general son bien recibidas. En 1780 es elegido director del Real Seminario. A los alumnos de la institución dedica la primera serie de sus *Fábulas*, publicadas en 1781 y escritas siguiendo el precepto horaciano, propio de la Ilustración, de *utile dulci* y *prodese et delectare*, es decir, la unión de lo agradable con lo útil, del provecho con el deleite. Sus escritos se convierten en un éxito rotundo. A la felicitación de uno de sus alumnos responderá Samaniego «Si el hacer hablar a los animales me ha de producir tan preciosos frutos, desde luego prometo tenerlos mucho más tiempo en larga conversación».

En 1782 Samaniego viajará a Madrid con una difícil misión diplomática. El centralismo borbónico había recortado los fueros alaveses en cuanto al libre comercio con América y la introducción a Castilla de productos y manufacturas de la provincia. A Samaniego lo nombran comisario ante la Corte, para que intente solucionar el difícil problema. Aunque no logró restaurar los fueros en su plenitud, hizo amistad con el conde de Floridablanca, ministro de Carlos III, consiguió pequeñas ventajas y que el decreto fuera menos estricto. El paso por la Corte, en todo caso, fue fructífero para su producción. Allí publicó la segunda serie de sus *Fábulas* (1784) y empezó su célebre enemistad con Iriarte, debido a que éste había publicado sus *Fábulas* en 1782, un año después que las de Samaniego, pero en el prólogo había escrito que debía «prevenir a los menos versados en nuestra erudición que ésta es la primera colección de fábulas enteramente originales que se ha publicado en castellano».

En 1786 regresa a Bilbao, retoma las riendas de su abandonada hacienda y frecuenta viejas amistades. En ocasiones intercambia pullas y epigramas con Iriarte. En 1792 decidió llevar una vida más tranquila y regresó a su villa natal, Laguardia. El 7 de marzo de 1793 Francia declara la guerra a España, en represalia por haber apoyado a los nobles contra la Revolución Francesa. Las posesiones de Samaniego quedaron muy resentidas luego de la invasión francesa a Cataluña y al País Vasco. En Tolosa se vendieron objetos para evitar su saqueo. El palacio de Yurreamendi fue convertido en cuartel de los invasores y su archivo fue quemado. Los franceses avanzan hasta Álava y toman Laguardia, donde sus posesiones no sufrieron demasiado, a diferencia de las guipuzcoanas que quedaron totalmente desmanteladas.

Peor fortuna vendría poco después, cuando el hacendado bilbaíno José María Murga, «para descargo de mi conciencia», le denunció ante la Inquisición el 11 de marzo de 1793 por tenencia de libros prohibidos. El proceso se fue envenenando con viejas rencillas familiares, intrigas y maniobras por parte de aliados y acusadores. Inquieto por el camino que estaba tomando la investigación, Samaniego viaja a Madrid en 1794. Allí solicitó ayuda de un amigo que recién había sido nombrado ministro de Gracia y Justicia, quien interviene ante el inquisidor general Manuel Abad y Sierra. Finalmente se soluciona el asunto de manera privada.

Los últimos episodios militares y políticos habían minado su salud. Cayó enfermo y se refugió en la mansión de La Escobosa, para más tarde ir a Logroño, a casa de su hermana Francisca Javiera, que por su salud también quebradiza moriría en 1799. Dos años después, el 11 de agosto de 1801, después de recibir confesión y sacramentos, murió Félix María Samaniego. Antes de expirar, al igual que lo dispusiera su maestro La Fontaine, Samaniego ordenó quemaran todos sus escritos. Por fortuna se salvaron las fábulas que estaban publicadas y algunos textos que poseían sus amigos.

BIBLIOGRAFÍA

PALACIOS FERNÁNDEZ, Emilio, *Félix María de Samaniego y la literatura de la Ilustración.* Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

SAMANIEGO, Félix María, *Fábulas*, edición, apéndice y notas de Emilio Pascual. Ediciones Generales Anaya, Madrid, 1986.

SAMANIEGO, Félix María, *Fábulas*, edición, introducción y notas de Ernesto Jareño. Clásicos Castalia, Madrid, 1973.

SAMANIEGO, Félix María, *Obras completas: poesía, teatro, ensayos*, edición y prólogo de Emilio Palacios Fernández. Fundación José Antonio de Castro, Madrid, 2001.



Fábulas de Samaniego



El asno y el cochino



Envidiando la suerte del Cochino,
un Asno[1] maldecía su destino.
—Yo, decía, trabajo y como paja;
él come harina y berza, y no trabaja.
A mí me dan de palos cada día,
a él le rascan y halagan a porfía.
Así se lamentaba de su suerte;
pero, luego que advierte
que a la pocilga alguna gente avanza
en guisa de matanza,
armada de cuchillo y de caldera,
y que con maña fiera
dan al gordo Cochino fin sangriento,
dijo entre sí el Jumento:
«Si en esto para el ocio y los regalos,
al trabajo me atengo y a los palos».

[1] Véase el glosario.

La cigarra y la hormiga



Cantando la Cigarra
pasó el verano entero,
sin hacer provisiones
allá para el invierno.
Los fríos la obligaron
a guardar el silencio
y a acogerse al abrigo
de su estrecho aposento.
Viose desproveída
del preciso sustento:
sin mosca, sin gusano,
sin trigo, sin centeno.
Habitaba la Hormiga
allí, tabique en medio,
y con mil expresiones
de atención y respeto
la dijo: —Doña Hormiga,
pues que en vuestros graneros
sobran las provisiones
para vuestro alimento,
prestad alguna cosa
con que viva este invierno
esta triste Cigarra,
que, alegre en otro tiempo,
nunca conoció el daño,
nunca supo temerlo.
No dudéis en prestarme;



que fielmente prometo
pagaros con ganancias,
por el nombre que tengo.
La codiciosa Hormiga
respondió con denuedo,
ocultando a la espalda
las llaves del granero:
—¡Yo prestar lo que gano
con un trabajo inmenso!
Dime, pues, holgazana,
¿que has hecho en el buen tiempo?
—Yo, dijo la Cigarra,
a todo pasajero
cantaba alegremente,
sin cesar ni un momento.
—¡Hola!, ¿conque cantabas
cuando yo andaba al remo?
Pues ahora, que yo como,
baila, pese a tu cuerpo.

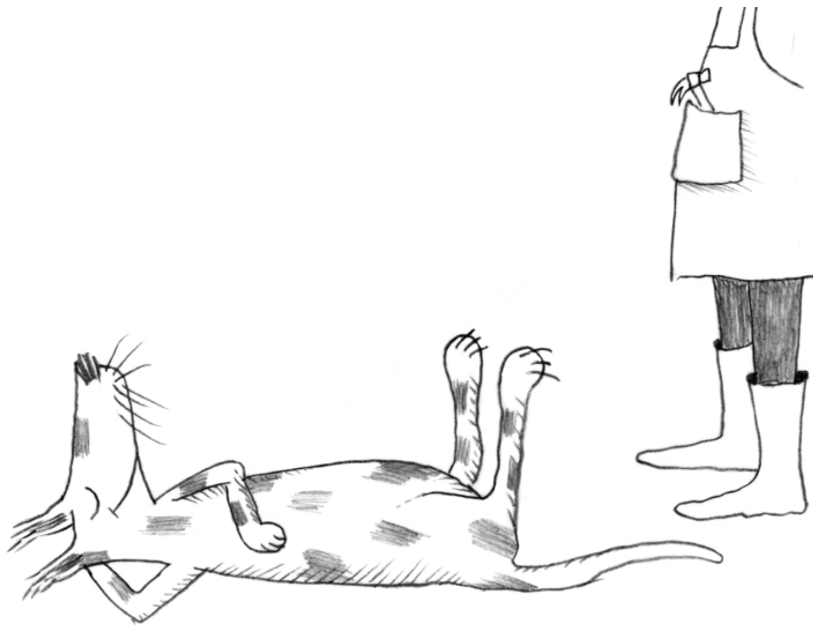


El herrero y el perro



Un Herrero tenía
un Perro que no hacía
sino comer, dormir y estarse echado;
de la casa jamás tuvo cuidado.
Levantábase sólo a mesa puesta;
entonces con gran fiesta
al dueño se acercaba,
con perrunas caricias lo halagaba,
mostrando de cariño mil excesos
por pillar las piltrafas y los huesos.
—He llegado a notar, le dijo el Amo,
que, aunque nunca te llamo
a la mesa, te llegas prontamente;
en la fragua jamás te vi presente,
y yo me maravillo
de que, no dispertándote el martillo,
te desveles al ruido de mis dientes.
Anda, anda, poltrón; no es bien que cuentes
que el Amo, hecho un gañán y sin reposo,
te mantiene a lo conde muy ocioso.
El Perro le responde:
—¿Qué más tiene que yo cualquiera conde?
Para no trabajar debo al destino
haber nacido Perro y no pollino.
—Pues, señor conde, fuera de mi casa;
verás en las demás lo que te pasa.
En efecto, salió a probar fortuna

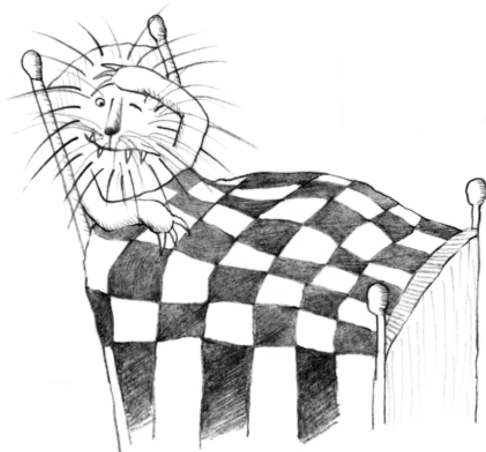
y las casas anduvo de una en una.
Allí le hacen servir de centinela
y que pase la noche toda en vela,
acá de lazarillo y de danzante,
allá, dentro de un torno, a cada instante
asa la carne que comer no espera.
Al cabo conoció de esta manera
que el destino, y no es cuento,
a todos nos cargó como al jumento.



El león y la zorra

Un León en otro tiempo poderoso,
ya viejo y achacoso,
en vano perseguía, hambriento y fiero,
al mamón becerrillo y al cordero,
que, trepando por la áspera montaña,
huían libremente de su saña.
Afligido de la hambre a par de muerte,
discurrió su remedio de esta suerte:
Hace correr la voz de que se hallaba
enfermo en su palacio, y deseaba
ser de los animales visitado.
Acudieron algunos de contado;
mas como el grave mal que lo postraba
era una hambre voraz, tan sólo usaba
la receta exquisita
de engullirse al *monsieur* de la visita.
Acércase la Zorra de callada
y, a la puerta asomada,
atisba muy despacio
la entrada de aquel cóncavo palacio.
El León la divisó, y en el momento
la dice: —Ven acá; pues que me siento
en el último instante de mi vida,
visítame como otros, mi querida.
—¿Cómo otros? ¡Ah, señor!, he conocido
que entraron, sí, pero que no han salido.
Mirad, mirad la huella,

bien claro lo dice ella;
y no es bien el entrar do no se sale.
La prudente cautela mucho vale.



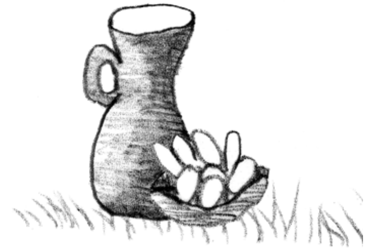


Los dos amigos y el oso

A dos Amigos se aparece un Oso:
El uno, muy medroso,
en las ramas de un árbol se asegura;
el otro, abandonado a la ventura,
se finge muerto repentinamente.
El Oso se le acerca lentamente:
Mas como este animal, según se cuenta,
de cadáveres nunca se alimenta,
sin ofenderlo lo registra y toca,
huélele las narices y la boca;
no le siente el aliento,
ni el menor movimiento;
y así, se fue diciendo sin recelo:
—Éste tan muerto está como mi abuelo.
Entonces el cobarde,
de su grande amistad haciendo alarde,
del árbol se desprende muy ligero.
Corre, llega y abraza al compañero;
pondera la fortuna
de haberlo hallado sin lesión alguna,
y al fin le dice: —Sepas que he notado
que el Oso te decía algún recado.
¿Qué pudo ser?
—Direte lo que ha sido,
estas dos palabritas al oído:
Aparta tu amistad de la persona
que si te ve en el riesgo, te abandona.



La lechera



Llevaba en la cabeza
una Lechera el cántaro al mercado
con aquella presteza,
aquel aire sencillo, aquel agrado,
que va diciendo a todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!
Porque no apetecía
más compañía que su pensamiento,
que alegre la ofrecía
inocentes ideas de contento,
marchaba sola la feliz Lechera,
y decía entre sí de esta manera:
«Esta leche vendida,
en limpio me dará tanto dinero,
y con esta partida
un canasto de huevos comprar quiero,
para sacar cien pollos, que al estío
me rodeen cantando el pío, pío.
Del importe logrado
de tanto pollo mercaré un cochino;
con bellota, salvado,
berza, castaña engordará sin tino;
tanto, que puede ser que yo consiga
ver cómo se le arrastra la barriga.
Llevarelo al mercado,
sacaré de él, sin duda, buen dinero:
Compraré de contado

una robusta vaca y un ternero,
que salte y corra toda la campaña,
hasta el monte cercano a la cabaña».



Con este pensamiento
enajenada, brinca de manera
que a su salto violento
el cántaro cayó. ¡Pobre Lechera!
¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.
¡Oh loca fantasía,
qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría;
no sea que, saltando de contento
al contemplar dichosa tu mudanza,
quiebre su cantarillo la esperanza.
No seas ambiciosa
de mejor o más próspera fortuna,
que vivirás ansiosa
sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro;

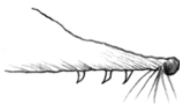
mira que ni el presente está seguro.



El zagal y las ovejas

Apacentando un Joven su ganado,
gritó desde la cima de un collado:
—¡Favor!, que viene el lobo, labradores.
Éstos, abandonando sus labores,
acuden prontamente,
y hallan que es una chanza solamente.
Vuelve a clamar, y temen la desgracia;
segunda vez los burla, ¡linda gracia!
Pero ¿qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera.





Entonces el Zagal se desgañita,
y por más que patea, llora y grita,
no se mueve la gente escarmentada,
y el lobo le devora la manada.
¡Cuántas veces resulta de un engaño
contra el engañador el mayor daño!

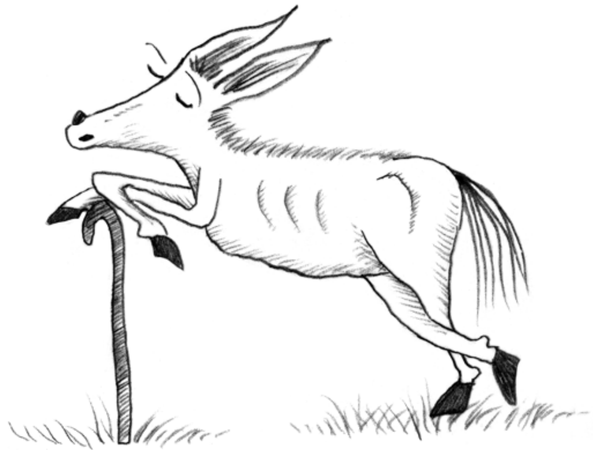
El hombre y la culebra

A una Culebra que, de frío yerta,
en el suelo yacía medio muerta
un Labrador cogió; mas fue tan bueno,
que incautamente la abrigó en su seno.
Apenas revivió, cuando la ingrata
a su gran bienhechor traidora mata.



El asno y el caballo

—¡Ah, quién fuese Caballo!,
un Asno melancólico decía,
entonces sí que nadie me vería
flaco, triste y fatal como me hallo.
Tal vez un caballero
me mantendría ocioso y bien comido,
dándose su merced por muy servido
con corvetas y saltos de carnero.
Trátanme ahora como vil y bajo,
de risa sirve mi contraria suerte;
quien me apalea más, más se divierte,
y menos como, cuando más trabajo.
No es posible encontrar sobre la tierra
infeliz como yo. Tal se juzgaba,
cuando al Caballo ve cómo pasaba,
con su jinete y armas a la guerra.



Entonces conoció su desatino,
rióse de corvetas y regalos,

y dijo: —Que trabaje y lluevan palos,
no me saquen los dioses de Pollino.

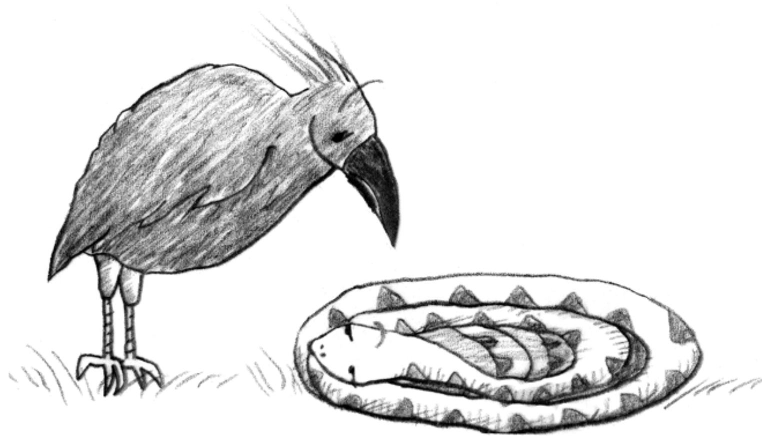
Congreso de los ratones



Desde el gran Zapirón, *el blanco y rubio*,
que después de las aguas del diluvio
fue padre universal de todo Gato,
ha sido Miauragato
quien más sangrientamente
persiguió a la infeliz ratona gente.
Lo cierto es que, obligada
de su persecución la desdichada,
en Ratópolis tuvo su congreso.
Propuso el elocuente Roequeso
echarle un cascabel, y de esa suerte
al ruido escaparían de la muerte.
El proyecto aprobaron uno a uno;
¿quién lo ha de ejecutar?, eso ninguno.
—Yo soy corto de vista.
—Yo muy viejo.
—Yo gotoso, decían. El concejo
se acabó como muchos en el mundo.
Proponen un proyecto sin segundo;
lo aprueban; hacen otro. ¡Qué portento!
Pero ¿la ejecución? Ahí está el cuento.

El cuervo y la serpiente

Pilló el Cuervo dormida a la Serpiente,
y, al quererse cebar en ella hambriento,
le mordió venenosa. Sepa el cuento
quien sigue a su apetito incautamente.



El cazador y la perdiz

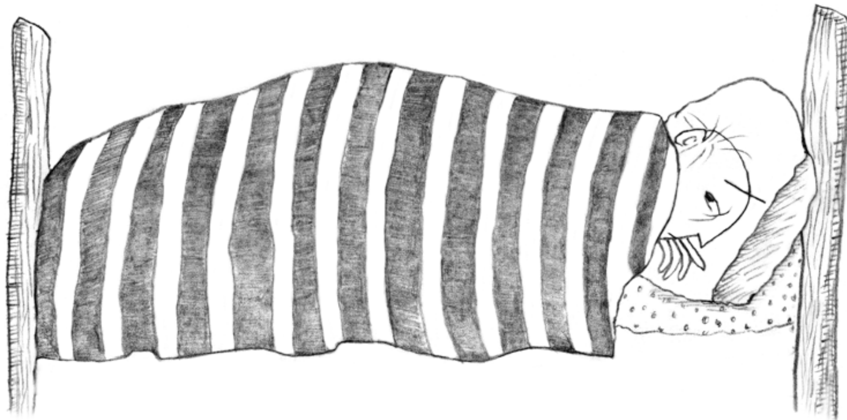
Una Perdiz en celo reclamada
vino a ser en la red aprisionada.
Al Cazador, la mísera decía:
—Si me das libertad, en este día
te he de proporcionar un gran consuelo.
Por ese campo extenderé mi vuelo;
juntaré a mis amigas en bandada,
que guiaré a tus redes, engañada;
y tendrás, sin costarte dos ochavos,
doce Perdices como doce pavos.



—¡Engañar y vender a tus amigas!
¿Y así crees que me obligas?,
respondió el Cazador. Pues no, señora;
muere, y paga la pena de traidora.
La Perdiz fue bien muerta, no es dudable.
La traición, aun soñada, es detestable.

El enfermo y el médico

Un miserable Enfermo se moría,
y el Médico importuno le decía:
—Usted se muere, yo se lo confieso;
pero, por la alta ciencia que profeso,
conozco y le aseguro firmemente,
que ya estuviera sano,
si se hubiese acudido más temprano
con el benigno clíster detergente.
El triste Enfermo, que lo estaba oyendo,
volvió la espalda al Médico, diciendo:
—Señor Galeno, su consejo alabo.
«Al asno muerto, la cebada al rabo».



Todo varón prudente
aconseja en el tiempo conveniente;
que es hacer de la ciencia vano alarde,
dar el consejo cuando llega tarde.

La tortuga y la águila

Una Tortuga a una Águila rogaba
la enseñase a volar; así la hablaba:
—Con sólo que me des cuatro lecciones,
ligera volaré por las regiones;
ya remontando el vuelo
por medio de los aires hasta el cielo,
veré cercano al sol y las estrellas,
y otras cien cosas bellas;
ya, rápida bajando,
de ciudad en ciudad iré pasando;
y de este fácil, delicioso modo,
lograré en pocos días verlo todo.
La Águila se rió del desatino;
la aconseja que siga su destino,
cazando torpemente con paciencia,
pues lo dispuso así la Providencia.
Ella insiste en su antojo ciegamente.
La reina de las aves prontamente
la arrebata, la lleva por las nubes.
—Mira, la dice, mira cómo subes.
Y al preguntarla, dijo «¿vas contenta?»,
se la deja caer y se revienta.
Para que así escarmiente,
quien desprecia el consejo del prudente.



El león y el ratón



Estaba un Ratoncillo aprisionado
en las garras de un León; el desdichado
en la tal ratonera no fue preso
por ladrón de tocino ni de queso,
sino porque con otros molestaba
al León, que en su retiro descansaba.
Pide perdón, llorando su insolencia.
Al oír implorar la real clemencia,
responde el Rey en majestuoso tono:
—No dijera más Tito, te perdono.
Poco después, cazando, el León tropieza
en una red oculta en la maleza:
Quiere salir, mas queda prisionero;
atronando la selva, ruge fiero.
El libre Ratoncillo, que lo siente,
corriendo llega: Roe diligente
los nudos de la red de tal manera,
que, al fin, rompió los grillos de la fiera.
Conviene al poderoso
para los infelices ser piadoso,
tal vez se puede ver necesitado
del auxilio de aquel más desdichado.

Los navegantes

Lloraban unos tristes Pasajeros
viendo su pobre nave combatida
de recias olas y de vientos fieros,
ya casi sumergida;
cuando súbitamente
el viento calma, el ciclo se serena,
y la afligida gente
convierte en risa la pasada pena.
Mas el Piloto estuvo muy sereno,
tanto en la tempestad como en bonanza:
Pues sabe que lo malo y que lo bueno
está sujeto a súbita mudanza.



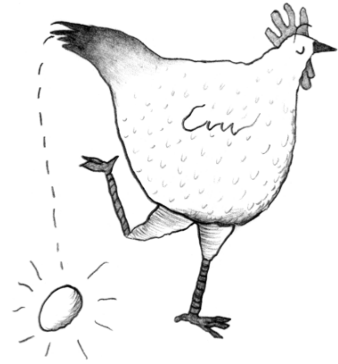
El asno y el lobo

Un Burro cojo vio que le seguía
un Lobo cazador y, no pudiendo
huir de su enemigo, le decía:
—Amigo Lobo, yo me estoy muriendo;
me acaban por instantes los dolores
de este maldito pie de que cojeo;
si yo no me valiese de herradores,
no me vería así como me veo.
Y pues fallezco, sé caritativo;
sácame con los dientes este clavo,
muera yo sin dolor tan excesivo,
y cómeme después de cabo a rabo.
—¡Oh!, dijo el cazador con ironía,
contando con la presa ya en la mano,
no solamente sé la anatomía,
sino que soy perfecto cirujano.
El caso es para mí una patarata,
la operación no más que de un momento;
alargue bien la pata,
y no se me acobarde, buen Jumento.



Con su estuche molar desenvainado
el nuevo profesor llega al doliente;
mas éste le dispara de contado
una coz que lo deja sin un diente.
Escapa el cojo, pero el triste herido
llorando se quedó su desventura.
—¡Ay infeliz de mí!, bien merecido
el pago tengo de mi gran locura.
Yo siempre me llevé el mejor bocado
en mi oficio de Lobo carnicero;
pues, si puedo vivir tan regalado,
¿a qué meterme ahora a curandero?
Hablemos en razón: No tiene juicio,
quien deja el propio por ajeno oficio.

La gallina de los huevos de oro



Érase una Gallina que ponía
un huevo de oro al dueño cada día.
Aun con tanta ganancia mal contento,
quiso el rico avariento
descubrir de una vez la mina de oro,
y hallar en menos tiempo más tesoro.
Matóla, abrióla el vientre de contado;
pero, después de haberla registrado,
¿qué sucedió? Que muerta la Gallina,
perdió su huevo de oro y no halló mina.
¡Cuántos hay que teniendo lo bastante,
enriquecerse quieren al instante,
abrazando proyectos
a veces de tan rápidos efectos,
que sólo en pocos meses,
cuando se contemplaban ya marqueses
contando sus millones,
se vieron en la calle sin calzones!

Los cangrejos



Los más autorizados, los más viejos
de todos los Cangrejos
una gran asamblea celebraron.
Entre los graves puntos que trataron,
a propuesta de un docto presidente,
como resolución la más urgente
tomaron la que sigue: —Pues que al mundo
estamos dando ejemplo sin segundo,
el más vil y grosero
en andar hacia atrás como el soguero;
siendo cierto también que los ancianos,
duros de pies y manos,
causándonos los años pesadumbre,
no podemos vencer nuestra costumbre.
Toda madre, desde este mismo instante,
ha de enseñar a andar hacia delante
a sus hijos; y dure la enseñanza
hasta quitar del mundo tal usanza.
—Garras a la obra, dicen las maestras,
que se creían diestras.
Y, sin dejar ninguno,
ordenan a sus hijos uno a uno
que muevan sus patitas blandamente
hacia adelante sucesivamente.
Pasito a paso, al modo que podían,
ellos obedecían;
pero al ver a sus madres que marchaban

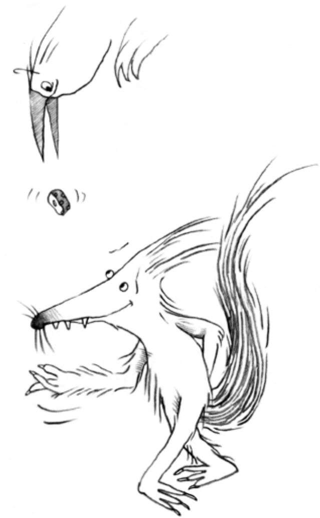
al revés de lo que ellas enseñaban,
olvidando los nuevos documentos,
imitaban sus pasos, más contentos.
Repetían las madres sus lecciones,
mas no bastaban teóricas razones;
porque obraba en los jóvenes Cangrejos,
sólo un ejemplo más que mil consejos.



Cada maestra se aflige y desconsuela,
no pudiendo hacer práctica su escuela;
de modo que en efecto
abandonaron todas el proyecto.
Los magistrados saben el suceso,
y en su pleno congreso
la nueva ley al punto derogaron,
porque se aseguraron
de que en vano intentaban la reforma,
cuando ellos no sabían ser la norma.
Y es así: Que la fuerza de las leyes
suele ser el ejemplo de los reyes.

El cuervo y el zorro

En la rama de un árbol,
bien ufano y contento,
con un queso en el pico
estaba el señor Cuervo.
Del olor atraído
un Zorro muy maestro,
le dijo estas palabras
a poco más o menos:
—Tenga usted buenos días,
señor Cuervo, mi dueño;
vaya que estáis donoso,
mono, lindo en extremo;
yo no gasto lisonjas,
y digo lo que siento;
que si a tu bella traza
corresponde el gorjeo,
juro a la diosa Ceres,
siendo testigo el cielo,
que tú serás el fénix
de sus vastos imperios.
Al oír un discurso
tan dulce y halagüeño,
de vanidad llevado,
quiso cantar el Cuervo.
Abrió su negro pico,
dejó caer el queso;
el muy astuto Zorro,



después de haberlo preso,
le dijo: —Señor bobo,
pues sin otro alimento
quedáis con alabanzas
tan hinchado y repleto,
digerid las lisonjas
mientras digiero el queso.
Quien oye aduladores,
nunca espere otro premio.

Los dos gallos

Habiendo a su rival vencido un Gallo,
quedó entre sus gallinas victorioso,
más grave, más pomposo
que el mismo gran Sultán en su serrallo.
Desde un alto pregona vocinglero
su gran hazaña. El gavilán lo advierte,
lo pilla, lo arrebata, y por su muerte,
quedó el rival señor del gallinero.



Consuele al abatido tal mudanza:
Sirva también de ejemplo a los mortales,
que se juzgan exentos de los males
cuando se ven en próspera bonanza.

El lobo y el perro flaco

Distante de la aldea,
iba cazando un Perro
flaco, que parecía
un andante esqueleto.
Cuando menos lo piensa,
un Lobo lo hizo preso.
Aquí de sus clamores,
de sus llantos y ruegos.
—Decidme, señor Lobo,
¿qué queréis de mi cuerpo,
si no tiene otra cosa
que huesos y pellejo?
Dentro de quince días
casa a su hija mi dueño,
y ha de haber para todos
arroz y gallo muerto.
Dejadme ahora libre;
que, pasado este tiempo,
podrás comerme a gusto,
lucio, gordo y relleno.
Quedaron convenidos;
y, apenas se cumplieron
los días señalados,
el Lobo buscó al Perro.
Estábase en su casa
con otro compañero,
llamado Matalobos,

Mastín de los más Fieros.
Salen a recibirlo;
al punto que lo vieron,
Matalobos bajaba
con corbatín de hierro.



No era el Lobo persona
de tantos cumplimientos;
y así, por no gastarlos,
cedió de su derecho.
Huía, y lo llamaban;
mas él iba diciendo
con el rabo entre piernas:
«Pies, ¿para qué os quiero?».
Hasta los niños saben
que es de mayor aprecio
un pájaro en la mano
que por el aire ciento.

El camello y la pulga



Al que ostenta valimiento,
cuando su poder es tal
que ni influye en bien ni en mal,
le quiero contar un cuento.
En una larga jornada
un Camello muy cargado
exclamó, ya fatigado:
—¡Oh que carga tan pesada!
Doña Pulga, que montada
iba sobre él, al instante
se apea, y dice arrogante:
—Del peso te libro yo.
El Camello respondió:
—Gracias, señor Elefante.

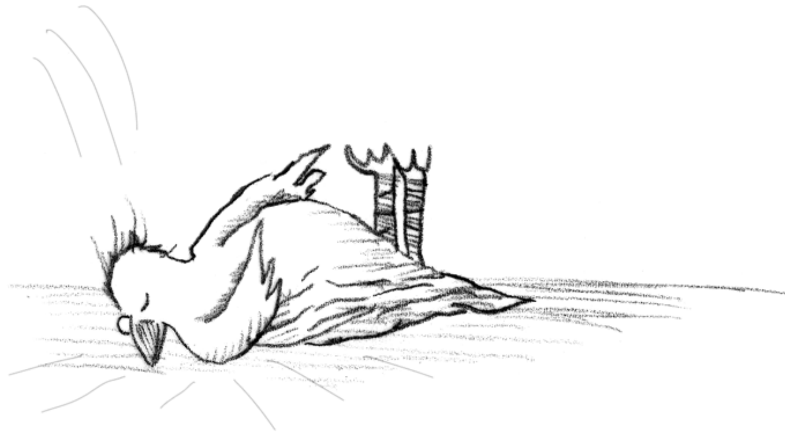
La mona

Subió una Mona a un nogal,
y, cogiendo una nuez verde,
en la cáscara la muerde;
conque la supo muy mal.
Arrojola el animal,
y se quedó sin comer.
Así suele suceder
a quien su empresa abandona,
porque halla, como la Mona,
al principio qué vencer.



La paloma

Un pozo pintado vio
una Paloma sedienta:
Tiróse a él tan violenta,
que contra la tabla dio.
Del golpe, al suelo cayó,
y allí muere de contado.



De su apetito guiado,
por no consultar al juicio,
así vuela al precipicio
el hombre desenfrenado.

El murciélago y la comadreja



Cayó, sin saber cómo,
un Murciélago a tierra;
al instante le atrapa
la lista Comadreja.
Clamaba el desdichado,
viendo su muerte cerca.
Ella le dice: —Muere,
que por naturaleza
soy mortal enemiga
de todo cuanto vuela.
El avechucho grita,
y mil veces protesta
que él es ratón, cual todos
los de su descendencia.
Con esto, ¡qué fortuna!,
el preso se liberta.
Pasado cierto tiempo,
no sé de qué manera,
segunda vez le pilla:
Él nuevamente ruega;
mas ella le responde
que Júpiter la ordena
tenga paz con las aves,
con los ratones guerra.
—¿Soy yo ratón acaso?
Yo creo que estás ciega.
¿Quieres ver cómo vuelo?



En efecto, le deja,
y a merced de su ingenio
libre el pájaro vuela.



Aquí aprendió de Esopo
la gente marinera,
murciélagos que fingen
pasaporte y bandera.
No importa que haya pocos
ingleses comadrejas;
tal vez puede de un riesgo
sacarnos una treta.

El gato y las aves

Charlatanes se ven por todos lados,
en plazas y en estrados,
que ofrecen sus servicios, ¡cosa rara!,
a todo el mundo por su linda cara.
Éste, químico y médico excelente,
cura a todo doliente;
pero *gratis*: No se hable de dinero.
El otro, petimetre caballero,
canta, toca, dibuja, borda, danza,
y ofrece la enseñanza
gratis, por afición, a cierta gente.
Veremos en la fábula siguiente
si puede haber en esto algún engaño.



La prudente cautela no hace daño.
Dejando los desvanes y rincones
desiertos de ratones,
el señor Mirrimiz, Gato de maña,

se salió de la villa a la campaña.
En paraje sombrío,
a la orilla de un río
de sauces coronado,
en unas matas se quedó agachado.
El Gatazo callaba como un muerto,
escuchando el concierto
de dos mil Avecillas,
que en las ramas cantaban maravillas;
pero callaba en vano,
mientras no se acercaban a su mano
los músicos volantes, pues quería
Mirrimiz arreglar la sinfonía.
Cansado de esperar, prorrumpe al cabo,
sacando la cabeza: —Bravo, bravo.
La turba calla: Cada cual procura
alejarse o meterse en la espesura;
mas él les persuadió con buenos modos,
y al fin logró que le escuchasen todos.
—No soy Gato montés o campesino.
Soy honrado vecino
de la cercana villa:



Fui Gato de un maestro de capilla;
la música aprendí, y aun, si me empeño,
veréis cómo os la enseño,
pero *gratis* y en menos de una hora.
¡Qué cosa tan sonora
será el oír un coro de cantores,
verbigracia calandrias, ruiseñores!
Con estas y otras cosas diferentes,
algunas de las Aves inocentes
con manso vuelo a Mirrimiz llegaron:
Todas en torno de él se colocaron.
Entonces, con más gracia
y más diestro que el músico de Tracia,
echando su compás hacia el más gordo,
consigue *gratis* merendarse un tordo.

Los dos perros

Procure ser en todo lo posible,
el que ha de reprender, irreprensible.
Sultán, perro goloso y atrevido,
en su casa robó, por un descuido,
una pierna excelente de carnero.
Pinto, gran tragador, su compañero,
le encuentra con la presa encarnizado,
ojo al través, colmillo acicalado,
funcidas las narices y gruñendo.

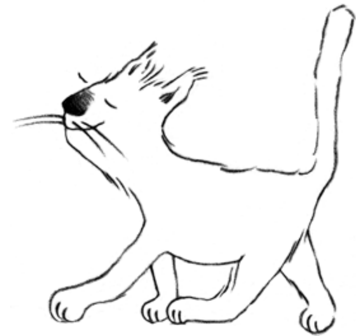




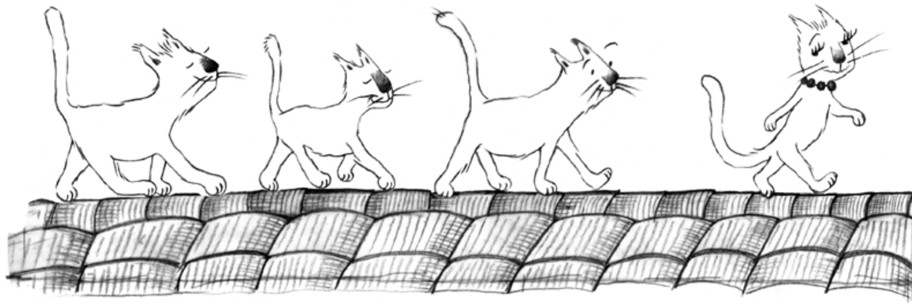
—¿Qué cosa estás haciendo,
desgraciado Sultán?, Pinto le dice.
¿No sabes, infelice,
que un Perro infiel, ingrato,
no merece ser perro, sino gato?
¡Al amo, que nos fía
la custodia de casa noche y día,
nos halaga, nos cuida y alimenta,
le das tan buena cuenta

que le robas, goloso,
la pierna del carnero más jugoso!
Como amigo te ruego
no la maltrates más: Déjala luego.
—Hablas, dijo Sultán, perfectamente.
Una duda me queda solamente
para seguir al punto tu consejo:
Di, ¿te la comerás, si yo la dejo?

LA GATA CON CASCABELES



Salió cierta mañana
Zapaquilda al tejado
con un collar de grana,
de pelo y cascabeles adornado.
Al ver tal maravilla,
del alto corredor y la guardilla
van saltando los gatos de uno en uno.
Congrégase al instante
tal concurso gatuno
en torno de la Dama rozagante,
que entre flexibles colas arboladas
apenas divisarla se podía.
Ella, con mil monadas,
el cascabel parlero sacudía.
Pero, cesando al fin el sonsonete,
dijo que por juguete
quitó el collar al perro su señora,
y se lo puso a ella.
Cierto que Zapaquilda estaba bella:
A todos enamora,
tanto, que en la gatesca compañía,
cuál dice su atrevido pensamiento,
cuál se encrespa celoso;
riñen éste y aquél con ardimiento,
pues con ansia quería
cada gato soltero ser su esposo.



Entre los arañazos y maullidos
levántase Garraf, Gato prudente,
y a los enfurecidos
les grita: —Novel gente,
¡Gata con cascabeles por esposa!
¿Quién pretende tal cosa?
¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta,
y que la dama hambrienta
necesita sin duda que el marido,
ausente y aburrido,
busque la provisión en los desvanes,
mientras ella, cercada de galanes,
porque el mundo la vea,
de tejado en tejado se pasea?
Marchose Zapaquilda convencida,
y lo mismo quedó la concurrencia.
¡Cuántos chascos se llevan en la vida
los que no miran más que la apariencia!

Los dos cazadores

Que en una marcial función,
o cuando el caso lo pida,
arriesgue un hombre su vida,
digo que es mucha razón.
Pero el que por diversión
exponer su vida quiera
a juguete de una fiera,
o peligros no menores,
sepa de dos Cazadores
una historia verdadera.

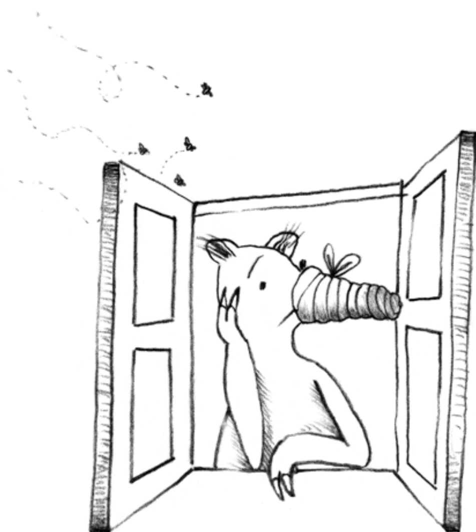


Pedro Ponce el valeroso
y Juan Carranza el prudente
vieron venir frente a frente
al lobo más horroroso.
El prudente, temeroso,
a una encina se abalanza,

y cual otro Sancho Panza,
en las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió.
Imitemos a Carranza.

El ladrón

Por catar una colmena
cierto goloso Ladrón,
del venenoso aguijón
tuvo que sufrir la pena.
—La miel, dice, está muy buena:
Es un bocado exquisito.
Por el aguijón maldito
no volveré al colmenar.
¡Lo que tiene el encontrar
la pena tras el delito!





GLOSARIO

ABATIDO: vencido, derrotado.

ACICALADO: pulido, afilado.

ADULADORES: que halagan, lisonjean, adulan.

AFLIGIDA: que sufre.

AL REMO: sufriendo penalidades y trabajos.

ALARDE: demostraciones ruidosas, vistosas.

ANATOMÍA: conocimiento de las diferentes partes del cuerpo de los animales.

APEA: baja, desmonta.

APOSENTO: casa, habitación.

ARBOLADAS: como árboles.

ARDIMIENTO: con valentía, con intrepidez.

ASNO: burro, que también se puede decir pollino o jumento.

ATISBAR: mirar, observar con cuidado.

AVECHUCHO: ave de figura desagradable.

BANDADA: número crecido de aves que vuelan juntas.

BERZA: verdura parecida al repollo.

BONANZA: tiempo tranquilo o sereno en el mar. También puede significar buena suerte o éxito en lo que se hace u ocurre.

(DE) CABO A RABO: por completo, entero.

CALANDRIA: pájaro de pico grueso, cantor.

CAMPAÑA: campo.

CANTARILLO: se refiere al cántaro en que lleva la leche.

CÁNTARO: vasija grande de barro o metal, barrigona y de boca estrecha.

CAUTELA: tener cuidado y algo de desconfianza hacia lo sospechoso y desconocido.

CERES: diosa romana de la agricultura, las cosechas y la fecundidad.

CLAMAR: quejarse, dar voces lastimosas, pidiendo favor o ayuda.

CLAMORES: voces de tristeza y derrota.

CLEMENCIA: compasión, moderación al aplicar justicia.

COLLADO: tierra que se levanta como un cerro, menos elevada que el monte.

COLMENAR: lugar donde están las colmenas.

CÓNCAVO: que se asemeja al interior de una circunferencia o una esfera.

(DE) CONTADO: al instante, inmediatamente.

CONVENIDOS: que hicieron un convenio, una promesa.

CORVETAS: andar con las patas delanteras levantadas.

COZ: patada.

DENUEDO: brío, esfuerzo, valor, intrepidez.

DEROGAR: abolir, anular una norma establecida, una ley o una costumbre.

DESATINO: locura, despropósito o error.

DESENFRENADO: que se comporta sin moderación, sin pensar en las consecuencias.

(SE) DESGAÑITA: se esfuerza violentamente gritando.

DESPROVEÍDA: sin alimentos.

DESVÁN: altillo, guardilla. La parte más alta de la casa, debajo del techo, que se usa para guardar cosas.

DIGERIR: comer.

DONOSO: que tiene gracia, elegancia.

EMPRESA: acción o tarea difícil. Para hacerla se requiere decisión y esfuerzo.

ENAJENADA: que ha perdido la razón de manera permanente o transitoria.

ENCARNIZADO: untado de sangre y feroz.

ENCINA: es un tipo de árbol.

ESCARMENTADA: prevenida, consciente del anterior engaño.

ESCARMIENTE: aprenda.

ESOPO: fue un famoso escritor de fábulas griego. Es el padre de todos los fabulistas.

ESPESURA: lugar muy poblado de árboles y matorrales.

ESTRADO: sitio de honor, algo elevado, en un salón de actos.

EXENTOS: a salvo, protegidos.

FALLEZCO: muero.

FÉNIX: ave fabulosa que se consumía por el fuego cada 500 años y luego renacía de las cenizas.

GALENO: médico.

GORJEO: hacer sonidos con la voz o la garganta.

GOLOSO: que tiene gula, come más de lo necesario.

GOTOSO: que padece gota, una enfermedad de las articulaciones.

GRANA: semillas menudas de varios vegetales.

GRILLOS: ataduras. Las cuerdas de la red que lo aprisionaban.

GUARDILLA: desván.

(EN) GUISA DE: con intenciones de.

HALAGÜEÑO: que halaga, que dice cosas elogiosas, bonitas.

HERRADORES: encargados de poner las herraduras en las pezuñas de burros y caballos.

IMPLORAR: suplicar, rogar.

IMPORTE: ganancias.

INSOLENCIA: atrevimiento, descaro.

IRREPRENSIBLE: que no merece reprensión, no merece que lo corrijan.

JORNADA: camino que se anda regularmente en un día de viaje.

JUMENTO: burro.

JÚPITER: dios principal de la mitología romana. Su nombre significa «Padre de la luz».

LAZARILLO: perro que guía o acompaña al ciego.

LISONJAS: alabanzas exageradas para ganar la voluntad de alguien.

LUCIO: suave, terso.

MAGISTRADOS: los que asistieron a la asamblea de cangrejos.

MAÑA: destreza, habilidad, astucia.

MARCIAL FUNCIÓN: se refiere a la guerra.

MASTÍN: perro de caza.

MEDROSO: miedoso.

MONADA: gesto o ademán gracioso.

MONSIEUR: en francés, señor.

MUDANZA: cambio.

MÚSICO DE TRACIA: se refiere a Orfeo, el músico más famoso de la mitología griega.

NOGAL: árbol de tronco grueso.

NOVEL: nuevo. Inexperto, sin experiencia.

OCHAVO: moneda española de cobre.

PARAJE: lugar.

PARLERO: que habla mucho. En este caso se refiere a que hace ruido.

PATARATA: cosa ridícula y despreciable. Fácil.

PERDIZ: ave un poco más grande que una paloma, común en España.

PETIMETRE: persona que se ocupa mucho de su compostura y de seguir las modas.

PILTRAFAS: restos de comida, carne flaca que es casi pellejo.

POCILGA: el lugar donde guardan a los cerdos.

POLTRÓN: flojo, perezoso, haragán, enemigo del trabajo.

POLLINO: burro.

(A) PORFÍA: mucho.

PORTENTO: cosa, acción o suceso que por su extrañeza o novedad causa admiración.

PREGONA: dice en voz alta, para que lo oigan todos.

PRESTEZA: rapidez, diligencia.

PRORRUMPE: sale rápidamente, con ruido y fuerza.

PRÓSPERA: abundante.

PROVIDENCIA: se refiere a Dios.

RECADO: mensaje o respuesta.

RECELO: sospecha, desconfianza.

REMONTAR EL VUELO: ascender por el aire.

ROZAGANTE: vistosa, bella.

SACIAR: satisfacer, llenar, complacer.

SAÑA: furia, rencor.

SAUCE: árbol que crece hasta 20 metros y se da a la orilla de los ríos.

SERRALLO: harén; palacio donde viven las esposas del sultán (el sultán era un rey que tenía varias).

SOGUERO: los sogueros, o mozos de cordel, arrastraban cosas con cuerdas, de espaldas.

SOMBRÍO: oscuro, lleno de sombras.

SÚBITAMENTE: de repente.

TABIQUE: pared.

TEÓRICAS RAZONES: que sólo eran ideas, pero no se ponían en práctica.

TORDO: pájaro muy común en España.

TRAZA: modo, apariencia o figura de alguien o algo.

TRETA: engaño sutil e ingenioso para conseguir algo.

TURBA: multitud de gente confusa y desordenada.

UFANO: arrogante, presuntuoso, engreído.

USANZA: costumbre.

VALIMIENTO: valía, importancia.

VANO: inútil. «En vano», también significa lo mismo.

VERBIGRACIA: por ejemplo.

VILLA: pueblo o ciudad.

VOCINGLERO: que habla mucho, pero dice cosas sin importancia.

ZAGAL: pastor joven.

